

que tendrá, nos atrevemos á asegurarle, una dulce satisfaccion de extender hasta donde pueda la clemencia con los arrepentidos.

No cerreis, pues, los oídos fidelísimos habitantes de estas provincias, á la voz de vuestros Representantes: vuestra docilidad dará mas eficacia á nuestra representacion, y ella junta en las córtes con la de las otras provincias, hará que se vean triunfantes con debida igualdad

los derechos de todas las partes que componen la monarquía: que todos queden sin motivo de queja, gobernados por leyes sabias, en que solo resplandezca la equidad, justicia é imparcialidad, que son los fines de la congregacion de ellas, decretada para gloria de Dios y de su santa religion, bien de la patria, honor de la nacion entera, y firmeza del sólido interés de todos. México y Octubre 3 de 1810.

NUMERO 139.

Manifestacion del Lic. D. Mariano Primo de Rivera sobre la revolucion de independencia.

MANIFESTACION

Que hace Mariano Primo de Rivera de sus sentimientos y deseos en las circunstancias tristes de la época presente, á los habitantes todos de estos reynos.

HABITANTES TODOS DEL REYNO, MIS AMADOS COMPATRIOTAS.

La paz, ese bien sobre todo encarecimiento amable: ese don preciosísimo con que sin exemplar habia distinguido la suprema Providencia por siglos enteros á estos reynos, en testimonio inequívoco de su amor y proteccion particular, por lo que se llamaban felices sobre el orbe todo: la paz ha desaparecido de entre nosotros en estos últimos días. ¡O pérdida sin tamaños ni medidas! ¡O desgracia, manantial inagotable de desaciertos, de los mayores desastres, de toda especie de males!

Avista de suerte tal, no se hará extraño que yo tome la pluma para un papel público, aunque he sabido guardarme de hacerlo, no porque me falte afecto al aplauso y á ese género de gloria, sino porque mi insuficiencia ha contenido á mi amor propio y á mis deseos.

Pocas veces he escrito para la prensa, preciso siempre por algun motivo poleroso que no he podido excusar; pero he ocultado mi nombre, huyendo de la censura que justamente merecia.

Hoy dexo esa mi precaucion, no porque intento lisonjear y adular, vicio de que por misericordia estoy distante; no porque busque premio, pues jamas he aspirado á él, ni pretendo salir de mi presente esfera: me animan, me determinan únicamente los sentimientos de religion que caben en mi miseria, el amor sincero que profeso á este público, y un debido reconocimiento al crédito y estimacion que le he merecido y de varios modos me ha acreditado. En circunstancias tan tristes no puedo prestar otros servicios. Sea este desahogo de mi corazon y muestra de mi gratitud; y venga despues enhorabuena la crítica, que ya confieso merecerla.

Que restituya la paz, que parecia inseparable de nosotros, es todo mi anhelo. Ya veo otros ingenios muy superiores empeñados en tan digno objeto. ¡Cuanto han dicho y expondrán aún los que unen á su zelo las ciencias, la erudicion, la eloquencia! Los malignos efectos

del resentimiento y del odio, constantes compañeros de los partidos contrarios; los perjuicios indispensablemente comunes á uno y otro al sostenerlos; los excesos que aun en el mas cauto y medido produce el ardor; la precipitacion casi necesaria en este y en otro lance, que es madre de desaciertos; la imposibilidad de llevar un partido sin ofensa y ruina de los del mismo por los enlaces y dependencias de los del otro; lo escaso que es entre los hombres aquel amor de la patria justo, sincero, prudente y generoso, único para el bien y la gloria; los embarazos para los proyectos, y en la resistencia á los mismos; la variedad de la guerra pendiente de circunstancias que no pueden prevverse; la necesidad de confiar á los de menos fé y arreglo las principales obras en ocurrencias tales, y de premiarlos, y seguir despues sus ideas, si no se ha de repetir una tras otra vez la propia escena ¡Oh! ¡quantos, quantos caminos dan la razon y la verdad para persuadir las funestas consecuencias de la inquietud y desunion, y los dulces efectos de la concordia y amistad!

Nuestros días desgraciados, con preferencia á todas las épocas del mundo, ofrecen sobrado asunto, y sucesos eficacísimos para el convencimiento. No elijo yo esos medios, porque los males que ellos nos presentan ó estan distantes de nuestros ojos, y no hacen toda la impresion necesaria, ó los quieren desmentir la preocupacion, el deseo y el ardor; y no hay en mí luces, ni coyunturas para oponerme á estos destructores de la razon, que con un despreciable "puede ser" "veremos lo que sucede," hacen frente á los argumentos mas urgentes. Queden esas sendas para plumas que gozan mejor direccion, y estan ejercitadas en obras de este género.

Yo escojo para mi intento á nuestra propia experiencia; que hace los objetos mas sensibles, y precisa al asenso, si no hay obstinacion y abandono absoluto á la mas negra y fiera de las pasiones: triste estado que no dexa esperanza ni arbitrio al particular que llorá males públicos, y sin autoridad pretende impedirlos. Si, nuestra propia experiencia por desgracia nos podrá decir ya la dulzura, bienes y comodidad

que trae consigo la paz y la union preferibles á qualquiera otra suerte por lisonjera que se invente, por feliz que la imaginacion mas acalorada la figure, y el peso, gravedad y trascendencias de los daños que hace toda discordia y desavenencia. A ella sola quiero llamar la atencion, y limitar mi papel á unos simples recuerdos, de que podrán deducirse las consecuencias mas eficaces para mi sano fin.

Eran estos reynos unos distantes espectadores de los sucesos tragicos de otros, de sus revoluciones y de sus desgracias, sin oír el trueno de la guerra, sin ver los semblantes pálidos de los que se conducen á ella, sin experimentar su fuego, su horror, su espanto, sus consecuencias, todas dignas del llanto y de la pena, sin acercarse al teatro de sus frecuentes alternativas, de sus suertes varias, de sus fieros espectáculos. Y al mismo tiempo que oíamos desgracias tales, al compadecerlas ó admirarlas, dábamos gracias al cielo, y celebrábamos nuestra fortuna como unica, de no presenciirlas, y de estimarnos exento de su jurisdiccion y de sus alcances.

Quando llegaron ellas á la antigua España, y esta se hizo por designios del Altísimo su centro y su teatro, nos tomamos todo el interes que debíamos, como que en aquel suelo veíamos nuestra sagrada religion, los esfuerzos por la restitucion de nuestro Soberano el mas amado, y los costosos empeños de nuestros padres, hermanos, deudos, protectores y convasallos baxo de una misma religion y trono. Nuestra compasion pasó á ser sentimiento vivo en propia causa. No vivíamos quando las noticias se retardaban: las favorables nos enloquecian por el gozo; las adversas nos consternaban y afligian. Pero despues de todo este interes, no cesábamos de darle gracias al Todopoderoso porque nos habia preservado de males tan graves en nuestras personas y nuestro suelo. La paz reynaba en nosotros, la union nos aseguraba en nuestras posesiones y quietud, y sin otro principio, olvidados de los demás bienes del mundo, nos complacíamos y llamábamos los felices de la tierra, el pueblo escogido del Señor, porcion especialmente amada de su divina Magestad.

Pocos se separaron de sus casas, y esto sin precipitacion, y con la comodidad posible. Nadie abandonó al riesgo ni á la ventura su familia. Nadie desamparó, ni dexó en manos desconocidas sus intereses. Los caminos francos, y las correspondencias expeditas proporcionaban sus giros. Todos atendiamos con reposo á nuestros destinos y ocupaciones. Comiamos con sosiego: dormiamos con confianza; y aun en las atenciones de entretenimiento y diversion ninguno encontró embarazos, ni tuvo que experimentar novedades. De manera que nuestra suerte fué siempre una: y esta felicidad en todo su lleno se debió á la paz en que viviamos, quando el mundo ardia y se agitaba con sucesos que en toda su edad no habia conocido. ¡Feliz suerte! ¡Distincion á toda luz envidiable!

Pero aun se extendió á mas sobre nuestra felicidad la divina Providencia. No era una paz vulgar la que nos unia y aseguraba, pues aun las distinciones antiguas, y los partidos que sordamente obraban de mucho tiempo atrás cesaron, y todos los habitantes de estos reynos se intimaron en un amor gloriosísimo á nuestra religion, tierno y respetuoso para nuestro Soberano, y de lo eterno para la nacion. Aquellos dias veinte y nueve, treinta y treinta y uno de julio de ochocientos ocho dignos de memoria en los siglos futuros, si sucesos contrarios no piden su olvido, ¿á quienes no llenaron de gozo? ¿A quienes no aseguraron en su fortuna? ¿A quienes no pronosticaron bienes y dichas verdaderas? La paz, la union, la prescindencia de distinciones y partidos produxeron tan admirables, tan gratos efectos. Si esta coyuntura, si esta disposicion de ánimos se hubiera aprovechado como celebraríamos hoy nuestras glorias, nuestra suerte sin segunda! ¿Quienes podrian compararse con nosotros?

Este era nuestro estado admirable para todos los mortales, y capaz de excitar la emulacion y la envidia de todas las gentes; pero estado que no supimos conocer ni apreciar dignamente, porque nos faltaba un extremo de propia experiencia con que compararlo. Hoy por situacion muy diversa, que puede deberse solamente á los infiernos mismos, tenemos á nues-

tra vista ese extremo de comparacion. ¡Cuanto mas dulce, de quanta mayor estima se hace en el dia al sensato, al amator del verdadero bien, al que no obra por preocupaciones aquella nuestra suerte antigua! Aun no ha llegado á nosotros, ni permita Dios llegue el golpe todo de infortunios y desgracias que ocasiona la discordia y la desunion; pero por los principios que experimentamos, podremos hacer el paralelo, á que nos deseo atentos, para el remedio de los males sentidos, y cautela para los que nos amagan. Seamos sensatos, ya que no generosos, y saquemos de la presente desgracia la leccion mas oportuna, el estímulo mas poderoso para solicitar á qualquiera costa nuestra verdadera felicidad.

Quien pudiera escalear. . . no ¡Quien pudiera conocer, distinguir y haber alejado de este pueblo obediente sin reserva, fiel sin excusa, amante sin vista, generoso sin medida, á los que nos han robado la prenda mas dulce y estimable que hacia nuestro carácter, y nos prometia una prosperidad constante! ¡Fieros enemigos de su propio bien! ¡Negros ministros del aberno, que con maldita astucia han perturbado al pueblo, que con repetidos testimonios ha manifestado su religion al verdadero Dios, su lealtad al Soberano legitimo, su compasion y amor á la Nacion, á quien debe su origen, su fé, sus luces! ¡Nos han quitado la paz; han desviado los corazones; han perturbado y resentido los ánimos; nos han constituido por tanto en la mayor miseria, en la suma desgracia! Ya no será este el pueblo feliz envidiado de todas las naciones. Ya no gozará de su fertilidad, abundancia y producciones. Ya no podra ser generoso con sus riquezas. Ya no será tan risueño. ¡Ya ha perdido todo su bien!

Los prelados y demas sagrados Ministros de la Iglesia santa se ocuparán para lo sucesivo en llorar los extravios y desgracias de fieles, que oían atentos y reverentes sus exhortaciones. Los que nos gobiernan no cuidarán como antes de la comodidad, abastos y hermosura de sus poblaciones, porque su atencion estará dedicada á objetos mas urgentes. Sus Magistrados y Gefes, aunque redoblen su vigilancia, la aplicarán toda á precaver daños comunes, des-

viandose de la administracion de justicia que piden los particulares. Ya no será el cuidado del labrador el cultivo de sus tierras. El minero no podrá atender sus negociaciones. Las fabricas se abandonarán. El comercio no ha de tratar de surtirse. El artesano cesará en sus obras. Y todos, todos habrán de desamparar sus destinos y ejercicios.

Los caminos serán embarazados. Las correspondencias se entorpecerán. No habra tráfico de unos á otros lugares. Y por consecuencia todo giro padecerá trabas y extravios; los abastos se dificultarán; careceremos de los renglones mas necesarios; y en todos se alternarán con exceso los precios. Pero . . . ¡Oh si aquí para el daño! Lo peor es, que reynará en todos la desconfianza y el temor. Aquella prudente libertad de discurrir sobre los acontecimientos y ocurrencias mas comunes, acabarán. Nadie será dueño de su semblante, ni de sus mas naturales acciones, porque en los partidos de todo se querrá deducir, quien es de este, quien del otro. Ni el silencio ni el hablar, ni la tristeza ni la alegría, ni el retiro ni la sociedad, podrán servir para el concepto, para la recomendacion, para la seguridad. El sueño, la comida, el cuidado de los hijos, la diligencia del marido, la separacion indispensable de la familia, el uso de los bienes, el vivir todo será en zozobra, en inquietud y en recelos. ¡Situacion embarazosísima! ¡Suerte muy desgraciada!

Ella es ya la que corremos en mucha parte. Ya hemos visto de cerca el semblante de la guerra en sus preparativos. Ya experimentan algunos sus estragos y tristes resultados. El movimiento de las tropas para su accion y ejercicio, nos convence de que ya es necesaria la fuerza y la defensa. Ya lloran la muger, los hijos y los buenos ciudadanos el riesgo á que se van á exponer el marido, el padre, sus semejantes y hermanos. Ya llegan á nosotros los lamentos de aquel amigo que en breve vió desaparecer su fortuna, y del otro honrado que ha perdido el fruto de sus fatigas. ¿Es este el estado, que por siglos han gozado las Américas? ¿Podria temerse otro mas miserable? ¿Qué consecucion tan diversa! ¿Qué paralelo tan digno de atencion entre uno y otro extremo! El solo

sin extender la consideracion á los horrores que por necesidad siguen á la division y discordia, es capaz de que el sensato, el que busque su propia felicidad, el racional ansie y se esfuerce por la restitution de la paz, de la armonia, del amor, de aquella deliciosísima union en que nos vimos.

¡Ah hermanos míos muy amados! Sí, hermanos, y muy amados: con ese interes veo á todos y á cada uno de los habitantes de estos reynos! y nuestra presente de gracia ha avivado sobremanera mi amor, mi ternura, mi compasion á todos. En cada uno que se me ofrece á la vista ó á la consideracion, sin distinguir clases ni circunstancias, exclamo con el mayor dolor en mi interior ¿si llegará este á ser victima lastimosa de la fiera suerte que nos amenaza? ¡Y su alma! ¡Y su familia! ¡Y sus deudos y amigos! ¿Qué será de ellos? ¡Ah cruel tormento! ¿Qué imaginaciones tan espantosas se me presentan, porque de todo horror es origen la division! ¡Oh si mi vida! . . . Sí, sí, no me detengo: si mi vida pudiera ser precio de la paz y sosiego comun, la sacrificaría gustoso. Tanto así me pueden los de-astres que preveo.

Produco estos párrafos quando acabo de oír el catástrofe funestísimo de Guanajuato. No estoy para fingir, ni para buscar hermosuras en lo que escribo. Mi corazon dicta: la sinceridad habla. ¿Cómo es posible escuchar sucesos tan lastimeros y espantosos sin un cruel martirio del ánimo? ¿Será dable que esta gran México, acostumbrada á oír la artillería para salvos y para su regocijo, se extremezca á los horrosos truenos de la guerra? ¡México, que pocos dias hace, adornó primorosamente con alegría y contentos inexplicables sus hermosas calles por culto á la Madre de Dios su especial Protectora, ha de ver las mismas convertidas en teatro de una sangrienta guerra! ¡México, en donde resonaron con gloria de la religion, y con tanta confianza nuestras tiernas y devotas alabanzas de aquella amantísima Madre, se ha de aturdir con las voces de la division, con las quejas de los desgraciados, con los llantos lastimeros de las viudas y huerfanos! No hay pecho humano que soporte sola la imaginacion de sucesos tales.

No hermanos míos: Alejemos de nosotros males tan sin tamaño. La paz, la unión hagan nuestra suerte siempre feliz y constante. No dudo que el que fuere religioso ha de aspirar á ella; que el vasallo fiel se prestará gustoso; que el honrado no se ha de negar; que el generoso sin violencia cederá; que el prudente para cooperar, no se detendrá en voces populares, ni en pruritos pueriles; que el esforzado y de valor, si es racional no se obstinará en sostener su partido por manifestar ánimo; pero aun el que cuida únicamente de su propia comodidad, y se haya constituido un fino egoísta, con la comparación formada de uno y otro estado, de-

be preferir la paz á todas sus otras medidas.

Empeñémonos, pues, esforcémonos con toda diligencia nuestros arbitrios, para que se nos restituya ese bien, cuyo valor aun no es conocido, ese don preciosísimo que la divina Providencia por singular gracia nos habia dispensado, pues la paz trae consigo los bienes mas amables ó interesantes: sola ella puede proporcionar en la vida las verdaderas delicias; y por el contrario la discordia es origen de los mas graves males: paralelo que no dexa dudar en la elección. México y Octubre 8 de 1810.—
Lic. Mariano Primo de Rivera.

NUMERO 140.

Reflexiones del Lic. D. Fernando Fernandez de San Salvador, asesor de la intendencia.

REFLEXIONES

Del patriota americano Lic. D. Fernando Fernandez de San Salvador. Asesor ordinario por S. M. de esta Intendencia.

¿Somos racionales sensatos, ó queremos perder el juicio tocados de un mal como el de la rabia, que enfurece y trastorna, haciendonos embestir y desconocer unos á otros? ¿Qué tiempos tan desventurados! ¿Donde cabremos dentro de poco? ¿Es creíble que en este reino inmenso no encontremos un pedazo de tierra donde con quietud vivamos? No tenemos peste ni calamidades, porque la misericordia de Dios es pródiga para beneficiarnos, y cuida de que subsistamos con abundancia los que habitamos las tierras de Indias de todas clases y estados; por que si S. M. ha enviado como al refugio á los europeos, de quienes dimanamos, y con quienes estamos encadenados, por donde quiera que

nos vemos, ¿qué mas dicha podíamos recibir de la predilección de Dios; que la de darles hospedaje, cumpliendo con los sentimientos de nuestra religion, que nos obliga á querer de todo corazón á los de nuestra especie, baxo la pena de condenarse el que así no lo haga: *amarás á tu próximo como á tí mismo?*

¡Ah! ¿Qué confusión y qué dolor! ¿Qué diríamos de los turcos ó los moros, si supiésemos, que por desear á sus parientes y hermanos, ellos entre sí se despedaban, acabando con sus personas, con sus bienes y familias, y declarándose unos con otros sangrienta guerra para buscar con aceleración su muerte, como si la vida valiera lo que la de un cerdo, por no continuar baxo el sistema y orden en que desde su establecimiento habian vivido, ó por quererlo con tropelia y sin meditación innovar? Aun esta comparación es desigual, porque estos son animales criados con ese destino, y sin embargo á los no acostumbrados á verter sangre,

les causa natural compasión verles quitar la vida.

No me entiendo: siempre mis talentos han sido escasos; pero hoy me encuentro sin quietud para un razonable discurso. Los indios (en que se incluyen los españoles, de quienes nos derivamos, ó con quienes nos enlazó Dios y la sangre con tanta inmediación como la del hijo respecto del padre, ó la del hermano respecto del otro hermano) hemos sido y debemos ser los felices, señoreándonos justamente en el país de prosperidad. ¿Qué nos falta ni podemos temer? Reyno mas espacioso: ¿quien lo ocupa? sobra mundo, y falta gente. ¿Pues qué nos incomoda y nos perturba? La irracionalidad, la falta de uso de nuestros conocimientos, y la ambición loca y precipitada. ¿Si me engañaré yo en esta inteligencia? Puede ser; pero ella pende del conocimiento de que aun los animales criados en el campo, sin motivo no se ofenden unos á otros.

Subsistir podemos todos con incomparables ventajas en el reino, porque Dios ha proporcionado en él quantos arbitrios y recursos se pueden desear: á lo ménos el que quiera respectivamente disfrutarlo, no puede quejarse con justicia. ¿Qué millones de sitios no están por poblar y por cultivar? ¿Qué ciencias hay ó qué artefactos que no sean susceptibles de nuestra diligencia? ¿Y nos pesaría de que nuestros hermanos por estado, religion y costumbres, se multiplicasen para cultivar los campos, y para instruir á estos habitantes en sus oficios, de modo que sin acudir á otras manos tuviésemos en nuestra tierra quanto apeteciéramos para nuestra comodidad ó nuestro lujo? ¿Quien podrá negarlo, sin hacer traición, ó faltar sin provecho á la verdad? Se pueden deslumbrar, los que no se detengan como es necesario á proporción de la empresa, regulando su paradero, para calificar cada uno si le conviene mas el camino de la insubordinación que el de la unión, con el fanatismo de reformar el reino y de mejorar de suerte ellos y sus sucesores. ¿Qué composición halagüeña tan aparente y tan falsa! Méenos dura que la imaginación ó el pensamiento de lograrla, y al fin volveria á quedar en el estado en que se halla con los bien librados, y

en nada con los que perecieron en su busca. ¡Qué delirio! ¡Qué ceguera! Si cupiera en unos rústicos, que no entraran en razón por no ser capaces, algun lugar se haria la disculpa; pero que los que tratan siquiera con gentes se propongan estas esperanzas tan inciertas y pasageras, es candor ó tiranía, y conveniencia de justicia y de política quitar la causa para que no cundan y se propaguen sus malignos efectos.

A nadie defendiendo yo, hablo por mí, y deseo que todos se defiendan solos, haciendo su composición, sin otro miramiento que el de su conveniencia particular: Dexemos salvo el interés vivificante y longevísimo de nuestro mas desgraciado y amado Soberano el Sr. D. FERNANDO VII, cuya memoria será en todos los siglos venerada: Dexémosle (repito) su trono, que siempre se debe considerar immaculado, y vamos á hacer cuentas unos con otros, para ver sin mas que nuestros ojos y sentimientos, la que nos sale mejor, para solo cuidar de nuestras personas.

Locura cruel ha sido y será siempre herir á sangre fria; porque naturalmente se resiste el hombre á ofender á quien no le daña: El león es el príncipe de las fieras, y se aplaude su nobleza porque guarda paz con quien no le perturba ni incomoda. ¿Y nosotros hemos de ser tan infelices, que le excedamos en nuestra conducta, conmoviéndonos unos contra otros? ¿Qué desdicha! ¿Qué calamidad es la que Satanás pretende introducir, para trastornarnos y confundirnos en nuestra propia inconstancia y debilidad!

Vuelvo á decir que yo solo quiero, que cada uno entre á hacer las cuentas para sí mismo: Ya rompieron tres impremeditados el nombre por nuestra desgracia, trocándose de hombres regularmente condecorados y apreciados de la república, en homicidas crueles y públicos ladrones. ¡Qué buen principio! Vamos á matar á el vecino, por quitarle el pan que Dios le ha dado; despues se seguirá violar matrimonios y á las doncellas y mugeres honestas, con riesgo de que los agraviados, adoloridos, los envíen á los infiernos en el primer acto ó encuentro. ¿Qué alivio, y que ventaja resultará á las ca-